

RELATOS DEL TIEMPO Y LA PALABRA - RELATOS CORTISIMOS

David Acrich ©

Email: literalia@gmail.com

RELATOS DEL TIEMPO Y LA PALABRA

ELUCUBRACIONES FOSFÓREAS

Dicen que la vida de un fósforo es efímera, pero no es verdad. Todo depende, en realidad, del punto de mira en que se enfoca el problema. Conozco un fósforo, por ejemplo, que aún sigue siendo fósforo, después de setenta y dos años, porque ha sabido esconderse bien entre las ranuras de un cajón de cocina en el que fue olvidado. Claro que cualquier vitalista podría argüir que de qué sirve tal existencia si no ha cumplido su misión en la vida. O que setenta y dos años no es nada en la constante vital del universo. Pero los otros días oí, por casualidad, en una tertulia de fósforos veteranos, que son, eso sí, de ideología racista, ya que no admiten en su círculo de amistades a nada que parezca o huela a cerilla (más modernas, más competitivas, más coquetas, pero sin ningún porte o alcurnia), que ellos son la esencia de la eternidad: son la mínima expresión que surge de la amalgama de lo vivo con lo mineral. Que es precisamente en su esencia mineral donde surge la chispa que enciende, en el sentido literal de la palabra, a la vida representada en su pequeño trozo de madera, fruto de un ser vivo de origen vegetal. Cuando empezaron a razonar sobre los atributos etéreos del humo y de las propiedades eternas del fuego, resultantes de la combustión entre lo inerte y lo vivo, dejé de ponerles atención, pues mi convicción de que la vida de un fósforo no es efímera, ya era total.

LAS ABSURDAS ILUSIONES DEL SOL

He oído decir que el mismísimo sol es un fósforo. Si es cierto esto, ¡menuda lupa de aumento tendría que ser la atmósfera! Afirmar esto es, para mí, jugarse el sol antes que salga. Más bien, ya quisiera el sol ser un auténtico fósforo, en vez de esa gigantesca masa amorfa e ígnea de gases repugnantes, inflamables y tóxicos, que no dejan títere con cabeza. El sol, por aquello de alumbrarnos, calentarnos y demás, está supervalorado en nuestra escala relativa de valores, cuando en realidad no es más que una ínfima estrella, vieja y desgastada, que lanza por doquier sus últimos estertores vitales. El fósforo, sin embargo, es lo que es, y punto. Sin ningún tipo de alarde ni aspavientos. El fósforo, con su pequeña chispa, es capaz de iniciar todo un proceso de combustión que puede calentarnos cuando ni el mismísimo sol logra vencer al frío y calentar lo suficiente a nuestra atmósfera. No entiendo, en fin, aquello de arrimarse al sol que más calienta, si sol sólo hay uno y quien a él se arrima, chamuscado queda. Por tanto, debemos de una vez por todas reivindicar al fósforo y rechazar esa ridícula teoría de que el mismísimo sol es un fósforo. Cuando esto se demuestre sin sombra de duda podremos, entonces, aseverar con toda certeza, de que aún hay sol en las bardas.

EL MISTERIO DE LA FLAUTA

Tocar la flauta es un misterio, sobre todo si lo comparamos con el concierto que los gatos pardos, a media noche y desde el tejado vecino, ejecutan con su virtuosísimo sentido musical, sin tener que soplar instrumento de viento alguno. El misterio de la flauta, no

obstante, se eleva a desconcierto cuando se convierte en el estímulo que pone en marcha, todas las noches, al concierto de los gatos pardos que, al captar el tono de la flauta, ejecutan su propia versión a partir de la creación emanada inicialmente por la flauta. Entonces ésta enmudece; deja de tocar. Se pone terriblemente nerviosa, y de allí que el aire, malhumorado y humillado, se niegue a volver a entrar y salir por entre sus agujeros metálicos y fríos. El aire se muda y apuesta por el silbato, menos virtuoso pero más dócil. Es entonces cuando tocar un silbato se convierte en un misterio, sobre todo si tomamos en cuenta que los perros del vecindario, emulando a los gatos pardos, también quieren, después de media noche, crear su propio concierto, con tan mala suerte que desde todas las ventanas se asoman hombres y mujeres que con sus voces y chillidos, sus tenores y sopranos, acometen la más agria y desafinada sinfonía del malhumor y el insomnio. Entonces, todo el misterio se evapora.

EL NOCTURNO COLOR DE LOS GATOS

Se dice que de noche todos los gatos son pardos, pero no es cierto. Pardo será el paleta, el pastuso, el parco al hablar y hasta el pánfilo de la pantalla boba que afirma tal tontería. Pero mi gato, Morritos, de noche es marrón, no pardo. Hasta chocolate podría ser, pero no pardo. Y cuando se reúne con sus amigos en el tejado del vecino para entonar el Concierto de Flauta Terriblemente Nerviosa Sin Aire Incorporado, adquiere un tono especial de castaño que, quiérase o no, lo obliga a destacarse del resto de los gatos y le da un toque mágico que eleva a sublime su actuación. Tan sólo cuando el silbato, instrumento grosero y falto de escrúpulos, pone en acción a los perros del vecindario, mi gato, Morritos, sufre las consecuencias de su distinguido color marrón y es cuando hubiera deseado, con todo ronroneo, ser, de noche, pardo.

EL CODICIADO TALENTO DE LA TORTUGA

En una remota aldea de Hainán, al sur de China, se dice que las tortugas son sabias, porque no hablan. Saben escuchar atentamente, esperar con paciencia, avanzar con calma y meditar sin prisas. Pero no hablan. Y eso las convierten en seres superiores, casi dioses, pues obviamente no pueden ni lanzar improperios, ni decir estupideces, ni proferir elogios o insultos innecesarios y, mucho menos, pueden ejercer de políticos indiscretos y sin escrúpulos. Son, aún en las más remotas aldeas de Hainán, el ejemplo a seguir. Por eso allí son las tortugas respetadas, elogiadas, e incluso, envidiadas. Más de algún varón daría lo que no puede por tener como esposa o suegra a una sabia y muda tortuga. Ocurre, sin embargo, en todas las aldeas de Hainán, al sur de China, que las mujeres se han rebelado. Últimamente se manifiestan en el malecón, frente a las costas y en los acantilados, donde suelen encontrarse dos veces al año las tortugas de tierra con sus parientes, las de mar. Allí, las mujeres unidas reclaman su honor mancillado por la falacia propagada en boca de los hombres, de que su hablar es denigrante; de que su continuo parloteo no es lo que molesta, sino lo seguidito. ¿Quiénes son -dicen ellas-, los que abarrotan las prisiones chinas por proclamar promesas incumplidas, proferir insultos o pronunciar falsos testimonios, sino sus congéneres los hombres? ¿Quiénes son capaces de levantar, con lengua y voz, tales calumnias sobre las mujeres? Los varones y sólo los varones. Y aunque parezca insólito, las mujeres tienen por aliadas a las propias y sabias tortugas. Ante sus arengas reivindicativas, ante sus gritos de justicia y rectificación, las tortugas oyen y callan. Y quien calla, otorga.

LA DIETA VEGETARIANA DE LOS TRES TRISTES TIGRES

Cuando conocí a los tres tristes tigres aún no me había repuesto del impacto que suponía el admirar lo rápido que corrían los carros por los raíles del ferrocarril. Cuando los carros del

tren pasaron ni me percaté siquiera que ante mí se extendía un trigal triguero en el que a los tres tristes tigres, a falta de alimento más consistente, no les quedaba más remedio que comer el trigo de dicho trigal. La situación, que para los tigres era un trago trágico de tragar, se me hizo solo consciente cuando en el granero del trigal, Pablito, que clavaba unos cuantos clavitos, clamó por los clavos del señor tras el golpe que recibió en su dedo. Este hecho, reafirmo, me hizo reaccionar y, por primera vez, vi a los tres tristes tigres comiendo el trigo del trigal. Mi pena, ante esa patética imagen fue tal, que pedí ayuda a Pancha, que dejó de planchar con todas sus planchas, aunque no sé yo a ciencia cierta con cuántas planchas planchaba Pancha, y me dio un plato para cada tigre con la esperanza de que comer con decoro y buenas maneras aliviaría la penuria por la que atravesaban los tres tristes tigres, vegetarianos por fuerza mayor. Pero los tres tristes tigres no estaban dispuestos a renunciar a su status de fieros y voraces tigres, por lo que al verme acercar, lanzaron al unísono un ensordecedor rugido que solo pudo ser sofocado por los truenos del cielo que estaba enladrillándose sin que nadie pudiera desenladrillarlo. El buen desenladrillador que intentó desenladrillar al cielo solamente consiguió un ladrillazo en su testa, y otros tres en las testas de sendos tigres, cuya tristeza se hizo aún más pronunciada.

LA BATALLA DE LOS POLOS

Cuando vi que la sombra de Tánatos, el destructor, se podía activar con mil caras diferentes, quise recoger mis pies y plantear mi retirada. Sabía que toda batalla traería consigo la semilla de la destrucción, venciera quien venciera. O sea que Tánatos, en cualquier caso, tenía la victoria asegurada. Pero no me dejaron. La sombra de Dilema, que rige al mundo implantando como válida sólo la polarización de las opciones, me lo impidió. Yo, Eros, la sombra del creador, estaba llamado a ser el constructor de la vida y, por tanto, el polo opositor a Tánatos. Sin medias tintas. No fue, pues, una opción deseada, ni mucho menos equilibrada: la rabia, la frustración, la agresión, el dolor, la rebeldía, el destrozo, la devastación, la muerte y las restantes novecientas y tantas caras de la sombra de Tánatos, podían fácilmente arrasarme conmigo, simple plasmador de sueños, hacedor de una sola cara, de la única sombra. Pero pronto descubrí que en la batalla desigual lo que cuenta es la destreza, el ingenio, y en esto tenía yo ventaja, a fin de cuentas, el creador del ingenio. Así que decidí aprender de cada estocada infligida por Tánatos: estudié sus estímulos; absorbí sus habilidades; descubrí sus puntos flacos; asimilé su fuerza y aprehendí sus ataques. Cuando Tánatos, el destructor, me lanzó su flecha furibunda, le robé su furia. Cuando me arrojó su lanza agresiva, me apoderé de su agresividad. Cuando disparó su proyectil indócil le arrebaté su rebeldía. Cuando hizo caer su bomba devastadora, acaparé su fuerza destructora. Y llegó el día en que aprendí a canalizar y a encauzar los ataques de Tánatos de los que, batalla tras batalla, me había apropiado. Cuando finalmente y después de muchas jornadas, Dilema, el polarizador de las opciones, declaró, como siempre, vencedor a Tánatos, no se percató de que la sombra de Tánatos el destructor, y mi sombra, la de Eros el creador sabían, dentro de nuestra fuente interna de autoexpresión, quién realmente enarbolaba la victoria. Fue entonces cuando Tánatos y yo nos dimos cuenta de que Dilema ni siquiera existía.

EL UNICORNIO, EL LEÓN Y EL HOMBRE

Cuando el unicornio decidió combatir por su terreno, el león no era aún el rey de las fieras. Era solamente un presuntuoso animalejo que pavoneaba con donaire su porte y su melena. Esto no fue bien visto por el unicornio, a la sazón monarca indiscutible de todas las almas vivientes del reino animal. Si el unicornio tenía claro su origen misterioso, el león no era consciente ni de su propia existencia terrenal. Si el unicornio guardaba celosamente el misterio de su cuerno en espiral, el león no tenía nada que guardar, por falta de algo digno de guardar. Fue entonces cuando el unicornio optó por plantar batalla al salvajismo

representado en el león: el Jardín de las Llamas Invisibles, mal llamado Jardín del Edén, debía ser salvaguardado de animales presuntuosos, ambiciosos e impúdicos. De su soledad tomó el unicornio su fortaleza, con su esplendor y con el cuerno en espiral de los misterios, para vencer a la fortaleza terrenal, brutal y misteriosa del león. Sólo el día en que apareció Adam, el hombre, por el Jardín de las Llamas Invisibles, el unicornio optó por retirarse, hacerse invisible, recoger los poderes del cuerno misterioso para resguardarse de las apetencias eternamente insatisfechas de Adam. Con la retirada del unicornio el Jardín de las Llamas Invisibles dejó, también, de ser, de estar. Fue entonces cuando el león, en connivencia con el hombre, se proclamó rey de las fieras.

EFECTO MARIPOSA

Cuando intentaron explicarme el efecto mariposa, estaba yo en medio de una crisis de gripe turca, quiero decir, que algún turco había estornudado en Constantinopla y yo, por aquello de la contaminación ambiental, o algo así, me resfrié, a miles de kilómetros de distancia. Me dicen que hoy el mundo se ha quedado pequeño y que lo que uno hace, o deja de hacer en remotas latitudes, repercute en nuestra vida cotidiana. No estoy muy seguro de que esto lo entienda, pero lo que sí ha quedado fuera de mi reducida capacidad de comprensión es lo del efecto mariposa. Para no quedarme en nada, o sea, para no parecer un idiota retrógrado, dije que estaba clarísimo el asunto y empecé, por mi cuenta, a estudiar toda mariposa que se cruzara por mi camino. No logré comprender el efecto que a ellas se les atribuye, pero quedé maravillado con el mundo mágico y fascinante que abrieron ante mis ojos. En fin, que de todo este asunto debo agradecer dos consecuencias: mi profesión, pues humildemente confieso que me hice entomólogo; y comprendí el maravilloso y palpitante colorido de mi tierra, que sin duda justifica, con creces, el origen y significado de su nombre: abundancia de mariposas.

EL BULTO

Las luces del puerto
ni estrellas ni luna.
Tan solo las luces del puerto
brillantes
intensas.
Tan intensas como la mirada negra
del negro estibador
mirada de carbón
mirada de hambre y sueño.
Sudor que se adivina y cielo que refleja.
La muerte,
nada más.

Aquel sonido ronco y gutural que le salía desde dentro se mezclaba con el estallido de las olas que se estrellaban en el malecón. Era un amalgama de tristeza, agotamiento y energía contenida. Como si más nada existiera. Ya tenía doce horas de cargar y descargar y el negro estibador no lograba vislumbrar el fin. Tan solo sabía que el sudor y el trabajo le ofrecían la recompensa de un plato caliente, techo temporal y un catre al final de la jornada, que casi siempre empalmaba de inmediato con la siguiente.

El sonido desgarrador que le salía del alma lo acompañaba, lo arrullaba, en esa y en todas las noches sin luna ni estrellas. Pero aquella noche un ruido diferente, seco, lo interrumpió. Como si un bulto hubiera caído al agua, negra y aceitosa, entre los grandes barcos repletos de contenedores que semejaban el contorno de un conglomerado de edificios y bloques de barrio dentro de la gran ciudad.

La muerte,
nada más.

GABRIEL LEIRBAG

El autobús se detuvo justo en el momento en que Gabriel contaba con los dedos de su mano las sílabas. No estaba seguro si eran cuatro o cinco. La palabra era nueva, leída al azar desde la ventana en movimiento del autobús. Intropedia. ¿O intropedía? No le importaba siquiera el significado. Su afición, su vicio, era leer, desde que aprendió, todo lo que sus ojos captaban desde una máquina en movimiento. Nunca en su vida de adulto había cogido un libro en sus manos, o una revista, o un periódico. Nada. Su lectura se restringía a una lectura en movimiento. Luego exprimía las palabras, contaba las sílabas, sus vocales, jugabas con ellas, variaba su orden, se inventaba palabras nuevas a partir de sus letras. Ese era su placer, su vicio incorregible. Y si algún texto o palabra se le escapaba -no siempre la máquina rodante disminuía su velocidad lo suficiente para que Gabriel pudiera leer el texto captado por completo- se lo inventaba. Daba igual. Un mundo extraño, pero para él, fascinante.

Su primer juego de palabras en serio empezó precisamente el día en que vio escrito su nombre en letras luminosas sobre la entrada de un negocio: PELUQUERÍA GABRIEL. La fascinación fue instantánea. Quedó encantado:

Gabriel Ga-bri-el G-a-b-r-i-e-l Leirbag

Galebrí Ribelag Galebir Bergali

Gab-rie-l Gabr-iel G-ab-ri-el Gabri-el

Y así, minutos y minutos, hasta que llegó, ilusionado y divertido, a su destino, que en aquel entonces era el aburrido y odiado colegio.

Desde aquel día no paró. A veces subía al autobús por el simple placer de satisfacer su incontrolable deseo de leer en movimiento. Mientras más larga la palabra, mejor.

GABRIEL

Gabriel ligaba a Gal. El leía, Gal regía.

Gila graba la giba; Gabi, el raíl.

Este fue el siguiente paso de su afición: montar frases con las vocales de la palabra escogida. Ni una más ni una menos. De allí pasó a concebir sus propias reglas del juego. Inclusive sus reglas gramaticales y definiciones. Aquella tarde le tocó el turno a Intropedia. Ese, por lo menos, fue el término que logró captar tras la fugaz estancia del autobús frente al letrero que le llamó la atención. Ahora tendría que aplicar su siguiente regla: inventar el texto más largo, el poema más logrado, en un mínimo de tiempo:

INTROPEDIA

Ino pidió té, ropà de día.

Ino pidió tripa; ropa de trapo.

Ino pedía, Ino reía

pin pun piedra Ꞥpato!

Gabriel Leirbag, que así decidió llamarse desde entonces, no es más ni menos que el famoso Gabriel Leirbag, galardonado Premio Nobel de Literatura. Era todo lo que, de su afición, Gabriel Leirbag había conseguido.

EL JAPONÉS

El informe parecía correcto. Pero algo me decía que tenía que haber algún fallo. Le pregunté a Raimundo su opinión y, a su vez, me dirigió al Señor Wakasaku, experto japonés en

números y letras computerizadas y que había sido contratado por la rama europea de la Internacional, hacía cuatro meses, dicen que con un sueldo desorbitante. Precisamente yo no quería llegar hasta Wakasaku. A fin de cuentas él había ocupado el puesto al que estuve preparándome con tanto tiempo y esmero. No le dije nada a Raimundo y salí de su despacho con una sonrisa. No era cosa de que todos sospecharan de mi animadversión por el japonés. Pero en mi testa empecé a urdir un plan; un plan que dejara con el culo al aire a Wakasaku.. Entonces podría yo actuar, enmendar el error y recibir mi ansiada recompensa. Introduje nuevamente el Informe A-6130 DUP. en el ordenador y mientras éste iba ordenando cifras y letras, mi cabeza iba a su vez calculando y computando. Por algo en mi infancia y juventud mis compañeros y colegas me apodaron "El Computer": Podía calcular cifras y ordenar letras más rápido que las calculadoras y computadoras de la época. Con el tiempo mi cabeza se ha ido oxidando, o por lo menos rellenándose con otras preocupaciones: trabajo, mujer, tres hijos, ambiciones; mientras que los ordenadores se han ido sofisticando y ganando en rapidez. De todos modos podía seguir enfrentándome a muchos de esos aparatejos. Conmigo no iban a poder. Cuando el ordenador llegó a la tercera operación, en la cifra 38.999 letras SUP, detuve la máquina y cambié, intentando no dejar rastros, la S por la Z, de modo que la ecuación se convirtiera en cifra 38.999 letras ZUP, de la tercera operación. Mi tesis y esperanza se basaba en que al haber aprendido el tal Wakasaku su mal español en Perú, cuando hacía tres años fue contratado por dicho gobierno, al parecer para que computarizara secretos militares y probabilidades numerológicas que permitieran perpetuar en su silla al presidente, no pudiera distinguir el sonido de la Z del de la S, como ocurre en tierras hispanoamericanas. Wakasaku, seguramente, que trabajaba siempre en voz alta, repitiendo números y palabras -decía que ése era su método japonés de concentración y descubrimiento de errores- no distinguiría el nimio error pero que, a fin de cuentas, cambiaría todo el panorama estadístico, aún más porque se trataba de una cifra y letras intermedias, de la tercera operación, la más delicada y decisiva.

Con cara de sumisión me presenté a Wakasaku, advirtiéndole de que había revisado otra vez su último informe A-6130, que de DUP (segunda revisión) había pasado a TRIP (tercera revisión) y que, a mi parecer, algún mínimo error había pasado inadvertido. Quizás el, le sugerí muy respetuosamente, con su experiencia y aguda precisión, revisando nuevamente, podría aclarar las dudas. Tan solo me preguntó, en su machacado español, que quién había efectuado el TRIP. Le contesté que un servidor; me miró bajo sus gafas bifocales con esa mirada de quien parece estar dormido, y me retiré, también sumisamente.

Pasaron tres días sin tener noticias del A-6130 TRIP. En nuestro oficio tres días son como tres siglos; un mínimo parpadeo y se puede perder, no solo un contrato o una millonada, sino provocar otra guerra mundial. Por tanto me pareció extraño la tardanza en recibir respuesta, aunque interiormente me alegraba, porque podría ser señal de que no había descubierto error, o por lo menos no "mi" error. A fin de cuentas yo sí había percibido en el informe algo que no encajaba, pero que no pude descubrir. Posiblemente el japonés había dejado que el informe siguiera su curso natural por lo que dentro de poco la bomba estallaría y yo podría recoger mis frutos.

El cuarto día, por fin, la llamada de Wakasaku a su despacho. Me dirigí, no sin cierto nerviosismo, entrando con mi acostumbrada política de sumisión, para ganar puntos. Me encontré entonces, inesperadamente, con el mismísimo presidente general de la Internacional, Don Walter Weinberg Lewis, con el gerente de la rama europea, D. Antonio Melilla Boadilla y con otros tres de los grandes. Por un instante sentí que el mundo se me venía encima. El pastel se había descubierto. Mi mente de "Computer", en décimas de segundo, fue fraguando un plan de ataque, de manera tal que la ofensiva la iniciara yo, para no tener que verme en la triste postura defensiva.

-Quién lo diría. Me encuentro precisamente con todos los que me interesaba ver en las próximas horas- fue lo primero que se me ocurrió decir. Realmente una reunión de altos vuelos como ésta no la había tenido nunca, en mis doce años de investigador especializado en alta definición computerizada en esta empresa. Con Don Walter Weinberg a duras penas me había reunido dos veces, anteriormente.

-Ya nos lo imaginábamos- comentó precisamente el Señor Weinberg. -Pero antes de que continúe, Don Santiago, díganos quién, realmente, fue el último en revisar el informe A-6130, en su fase TRIP.

Como ya había confesado al japonés que había sido yo, no podía echarme atrás. Así, mientras alineaba mi coartada, exclamé: -Ya le había explicado al Señor Wakasaku que me vi en la necesidad de revisar personalmente una tercera vez el informe, porque había descubierto un error, que a mi parecer ha sido intencionado. Como mis sospechas tienen fundamento, lo devolví ex-profeso al lugar del origen del fallo.

-Entonces ha sido usted en persona quien descubrió el supuesto error, ¿no es así?- concretó el gerente de la rama europea.

-Sí, Don Antonio, así es- espeté brevemente, tratando de proyectar seguridad y orgullo y preparando mi siguiente ataque.

-Muy bien, Don Santiago- volvió a tomar la palabra el presidente de la Internacional. -El Señor Wakasaku se dirigió a nosotros anteayer con el fin de solicitar una reunión urgente con usted y el resto del personal gerencial de la rama europea, en relación con el informe A-6130 TRIP. Decidí revisar personalmente el informe y las observaciones del Señor Wakasaku y dada su impotencia he aceptado convocar esta reunión. Solo lamento que no haya podido efectuarse ayer, debido a mis ocupaciones en la delicada situación de la rama australiana, con el informe J-7721 QUINT, del que usted seguramente habrá oído comentar. Pues bien, aquí estamos, Don Santiago...

-Antes de que continúe, Señor Weinberg, permítame exponer mis sospechas y el por qué decidí devolver el informe a su despacho original, o sea, al señor Wakasaku.

-No es necesario, Don Santiago- continuó el presidente de la Internacional con ese castellano tan perfecto a pesar de su acento inglés. -La determinación ya está tomada y comprendemos de sobra su actitud. Sólo permítame agregar que hace un momento, antes de que entrara usted por esta puerta, propuse su traslado a las oficinas centrales en Salinas, California. Nos hace falta en la casa matriz una persona capciosa, experta no sólo en cifras sino también en letras, conocedora de varios idiomas, como usted, Don Santiago. Pero el Señor Wakasaku, que ayer firmó un contrato indefinido con nosotros, nos ha sugerido que trabaje usted con él, en su despacho, revisando todos los informes que le llegan. Vamos, que sea usted su mano derecha. El Señor Wakasaku nos ha pedido que en su nombre le agradezcamos su generosa actitud y comprensión con él, al no hacer público su grave error, reemplazando la S por la Z, achacado a su falta de dominio de la lengua castellana, y que lo haya usted corregido y devuelto a su origen, sin hacer de ello historia. Y yo, considerando que el Señor Wakasaku es un experto, como pocos, en estos tipos de informes y operaciones, pero que aún le falta el dominio completo del castellano, me decanto por la sugerencia del Señor Wakasaku y lo nombro a usted, de acuerdo con los aquí reunidos, el segundo de Don Hikito Wakasaku.

-¡Enhorabuena, Don Santiago!- agregó Don Antonio Melilla Boadilla, como para sacarme de mi estremecimiento interno, de mi gilipollez, de mis ganas de comerme mis propias entrañas. -A partir de mañana puede usted mudarse al despacho del Señor Wakasaku. Esperemos que conformen no un equipo óptimo, sino el equipo óptimo, por muchos, muchos años.

EL ESPEJO

Dicen que no hay nada más triste que estar muerto y no saberlo. Pero aquello que ocurrió un domingo en casa de mi vecino el Tate podría ser más triste aún. Todo empezó aquel domingo en el que me sentía aburrida y solitaria, como casi todos los fines de semana,

desde que enviudé hace ya ocho años y mis hijos abandonaron el hogar para formar el suyo propio. El Tate, por su parte, tenía siete años de vivir separado de su mujer y sus hijos, o mejor sea dicho su mujer lo abandonó debido a esa terrible costumbre que tenía de tocar, donde pudiera, a mujer que pasaba frente a él. Precisamente el mote de el Tate, con el que se le ha conocido en el vecindario, partió de tate quieto, que no precisa de mayores explicaciones.

En los últimos años el Tate y yo habíamos entablado una relación de buena vecindad, beneficiosa para ambos. Así que ese domingo busqué la compañía del Tate para consolarnos mutuamente en nuestra soledad. Subí hasta su piso y, como tantas otras veces, toqué el timbre. Pero por más que tocaba el Tate no abría. Me asusté. Más bien me aterroricé. Pensé que el Tate se había buscado la manera de ser consolado por otra, o de consolar a una vecina más joven que yo. O peor aún, que se hubiera reconciliado con su mujer. Miles de pensamientos pasaron por mi mente de mujer viuda y madura, pero ante el terror, opté por calmarme y pensar. Recordé que el viernes, cuando nos encontramos en las escaleras del portal, me dijo con un guiño malintencionado y con sus manos de pulpo: Hasta el próximo domingo, que la muerte pega un brinco y yo me rindo. Entonces me reí, pero ahora la cosa era distinta. ¿Qué me habrá querido decir?, me pregunté. Y fue en ese momento cuando me decidí hacer algo que hasta entonces no me había atrevido: cogí las llaves de su piso, las que el Tate me había dado a guardar para casos de necesidad o urgencia. Subí nuevamente a su piso y abrí. Cuál no habrá sido mi sorpresa, más bien susto, al oír una voz proveniente del sofá. Yo no podía ver, desde la entrada, si había alguien en el sofá. Tan solo oí una voz ronca que decía

-Menos mal que has abierto. No sabía cómo avisar a nadie-. Era la voz, aunque mucho más ronca, del Tate.

-Qué susto, Tate- le espeté yo. -¿Por qué no has abierto... y qué tenías que avisar?

-De que he muerto. Estoy muerto desde esta misma madrugada y nadie se ha enterado.

-¿Cómo que estás muerto?- le dije mientras me acercaba y, a no ser por sus ojos cerrados, podía decir que estaba más vivo que nunca, allí, tirado en el sofá, desnudo y potente, más potente que nunca.

-Estoy muerto, te lo digo yo. ¿No ves que no me siento, que ya no soy?-

La verdad es que no supe qué contestar. El Tate estaba vivo, más vivo que nunca, y él ni siquiera lo sabía; no se daba por enterado. Qué triste, pensé, estar vivo y no saberlo.

El caso es que después de un tira y afloja impresionante, en el que el Tate trataba por todos los medios -o casi, porque si no se daría cuenta de que estaba vivo- de hacerme creer que había muerto, decidí seguirle la corriente, más para ganar tiempo que por otra cosa.

-¡Ay, Tate, que te has muerto! Y yo sin enterarme... Ay, Tate, qué será de mí los domingos? Ay, Tate, ¿a quién quieres que avise de tu muerte... qué hago con tus cosas?

Y el Tate empezó, aún con los ojos cerrados y con su cuerpo desnudo, potente y más vivo que nunca -por lo menos eso era lo que me parecía a mí- a dar instrucciones a diestra y siniestra, hasta que por fin nombró al espejo grande y enmarcado que estaba en la sala, justo frente al sofá en el que el Tate, acostado desnudo y con ojos cerrados se creía muerto. ¿O lo estaba? Ya no estoy segura. Pero es que de lo que me percaté en ese instante me dejó helada, hasta tal punto que pensé que la muerta podría ser yo. En aquel espejo quedaba yo completamente reflejada, tal cual, lo mismo que el sofá; pero del Tate nada, ni rastro. Su cuerpo desnudo y potente no se veía reflejado en el espejo!

Y aquí estoy, asustada, sin saber si el Tate ha muerto o si soy yo la muerta sin saberlo, que no veo al Tate reflejado en el espejo. Aún en este momento me pregunto qué será más triste: estar muerto sin saberlo o estar vivo y creer que has muerto. Pero esa pregunta solo la puede responder quien sea capaz de mirarse desde dentro del espejo.

DONUT-YOGUR

Lo que no mata engorda. Ya estaba harto de oír la misma cantinela. El problema era que su cuerpo ya no podía disimular más las consecuencias de dicha expresión, que formaba parte de la filosofía familiar desde que tuvo uso de razón. Sus padres, dos señorones de peso pesado, medían el orgullo por kilo: un kilo más de peso, una razón de peso más para sentirse orgulloso. Y así los educaron a su hermana mayor, Caterina (85 kilos a los catorce años) y a él, que a los trece a duras penas llegaba a los 45 kilos, y a los quince, un año después de que sus padres decidieran meter manos a la obra con él, ya sobrepesaba -con e- a su hermana. Lo curioso del caso era que Caterina había aceptado de buena gana aquel legado familiar, sin que hiciera mella en ella ni la tendencia de la moda anoréxica, ni los rumores de sus compañeros, ni la televisión, ni nada. En contrapartida estaba él, un balón rodante, un donut de cebo andante. Por lo menos así se sentía, ridículo y avergonzado, cuando decidió tomar el peso de la responsabilidad de su gordura sobre sus hombros. Claro que era un decir porque el peso de la responsabilidad y las decisiones las llevaban sus padres y no había quien les pudiera quitar ese peso de encima.

Su determinación no fue a la ligera; más bien a la pesada. En una misma semana rompió la báscula de la enfermería de su colegio durante una revisión médica rutinaria -con el consecuente efecto dominó en las bocas, habladurías, risas y pensamientos de alumnos y profesores- y recibieron en casa una carta de la compañía de transporte escolar en la que notificaban, sin causa aparente alguna, que la ruta del autobús escolar había sido modificada y que ya no podían pasar a recogerlos ni a su hermana ni a él. La reacción de sus padres fue la habitual: -¿Acaso nos moriremos por eso? No, ¿verdad? Pues, no importa, ya lo solucionaremos. Lo que no mata engorda y esto no nos matará.

Eso, claro, era lo que creían sus padres, pero él estaba a punto de suicidarse ☒ eso sí que lo iba a matar! Finalmente rechazó tal posibilidad al intuir que no habría ataúd en el que pudiera caber, cómodamente, un chico-donut de dieciséis años y con más de 100 kilos de peso. Fue entonces cuando se hartó de aquel dicho y empezó a soñar con ser chico-yogur. De chico-donut a chico-yogur. ¿Podría ser posible? Había un pequeño, pequeñísimo problema: su cerebro se había hartado de una vez por todas de aquella frase lo que no mata engorda, pero su estómago no se hartaba nunca por más comida que le metiera. El problema se convirtió así, no ya en un conflicto generacional padre-hijo, sino en un conflicto corporal cerebro-estómago. Y no tenía a quien pedir ayuda. Era trágico.

Entonces ocurrió lo imprevisto: Por primera vez en su vida le tocó visitar un camposanto. El padre de un compañero de clase había muerto y la clase entera asistió al entierro. Al momento de bajar el ataúd a la fosa él se acomodó entre los últimos, detrás, para no tener que oír aquello de apártate, que no me dejas ver, o peor aún, oye, bola-e-cebo, que no eres hijo de Pedro Vidriera y Transparente, sin percatarse que precisamente al lado de la fosa en la que en aquel instante bajaban con sogas el ataúd, había otra fosa ya abierta para el siguiente entierro. Un paso más hacia atrás y sintió que su vida se iba por un abismo. Fue tal el grito que pegó y el estruendo que hizo al tocar tierra en la fosa en la que había caído, que los sepultureros, del susto, soltaron las sogas, y el ataúd con el cadáver del padre de su amigo rebotó en tierra con un estruendo mayor que el suyo, abriéndose, y quedando el cuerpo botando a la vista de todos. El morbo estaba servido: una bola viviente enterrada en una fosa abierta y, a su lado, un hombre cadáver dando tumbos en la tumba. A partir de aquí el llanto y la risa -al principio contenida pero finalmente a carcajada abierta- se mezclaron en una sinfonía del absurdo hecho realidad.

Cuando algunos compañeros intentaron levantarlo, fue imposible, por razones obvias, con el agravante de que se le había roto una pierna. Así que los sepultureros tuvieron que abandonar por segunda vez su trabajo habitual y utilizar las susodichas sogas para rescatarlo, atándolo y levantándolo a ras de tierra. Una vez terminada aquella faena -con

aplausos incluidos- los sepultureros siguieron con lo suyo, pero el foco de atención siguió siendo él.

-¿Cómo transportarlo al hospital?

-En mi coche no!

-Yo no puedo esperar, me tengo que ir ya.

-Precisamente me esperan en la oficina...

Así, hasta que a un bromista se le ocurrió nombrar al coche fúnebre... El coche fúnebre! Claro, el coche fúnebre aún allí estacionado podría servir de ambulancia. No era ninguna broma! Entre todos, pues, lo metieron como pudieron en el coche fúnebre rumbo al hospital. En ese momento él no sabía distinguir cuál dolor era el más acuciante, el de la pierna rota, el del cerebro dolorido y humillado, el de la tripa hambrienta... Sólo entendía que había vuelto a la vida, pero a la inversa: de una fosa de cementerio hacia un hospital en coche fúnebre!

Ya entrando en la ciudad le dio por erguirse y asomar su cabeza por la ventanilla trasera. Maldito error. Los coches se detuvieron. Los transeúntes alucinaban. La policía no entendía lo ocurrido, pero se formó un embotellamiento tal del tráfico que el conductor del coche fúnebre tuvo que advertirle, casi histérico,

-Tumbate de una vez, chaval, ¿qué no ves la que has liado? Todos creen que eres un muerto resucitado.

Los gritos del gentío penetraron hasta el coche y pudo distinguir alguna frases:

-El muerto esta vivo!

-Que se mueve el fiambre! Que se mueve el fiambre!

-Se ha salido un muerto del ataúd!

Al fin de cuentas, si no fue exactamente eso lo que había ocurrido, así se sentía él. Había muerto el donut-bola-e-cebo, para resucitar el chico-yogur. Así se lo juró, en ese momento, tumbado en el suelo frío y metálico de un coche fúnebre. O esto o la muerte. No había vuelta de página. En ese sentido, tomada la determinación, todo lo ocurrido hasta aquel aciago día, parecía dar igual.

EL PROFUNDO SECRETO DE CAMILO BURACO

I

El sino de Camilo Buraco estaba marcado por los términos agujero, hueco, hoyo o cavidad; cueva, hondura o abismo. Lo mismo daba. Mientras más huecos en su vida más repleto se sentía y, aún así, más liviano se encontraba. Se cuenta entre los parroquianos que fue Camilo el inventor de aquel acertijo

¿De qué se puede llenar un saco que mientras más se llena, menos pesa?

Este enigma, cuya respuesta no podría ser otra que de agujeros, fue conocido entre medios místicos y de culto como el Enigma de Camilo.

Ello tuvo un origen muy peculiar: Apenas había cumplido Camilo veintiún años, la misma noche del festejo, en las conocidas Cuevas de Almanzora, taberna ubicada en las profundidades de la tierra, con la primera bebida Camilo sintió que sus poros se ensanchaban. Ya no eran poros, eran cavidades porosas, que se expandían por su cuerpo, aligerándole de peso. Tuvo que sostenerse fuertemente en su butacón para no salir flotando como un globo henchido. Pero así se sentía: henchido y liviano. Mientras más bebía, más se reproducían las hendiduras de su cuerpo y más se aligeraba su peso. Pero allí no acabó todo. En un momento dado, cuando ya no pudo sostenerse más en su butaca -también los poros de sus manos se habían convertido en agujeros- Camilo Buraco inició su vuelo. Flotaba. Flotaba mientras familiares y amigos, acostumbrados ya a sus excentricidades,

murmuraban: Otra vez Camilo con sus rarezas. Pero lo que a todos tomó por sorpresa fue lo que ocurrió a continuación: de sus poros-agujeros empezaron a emanar efluvios, líquidos blancuzcos y algo espesos. Su madre fue la primera en horrorizarse. En su rostro redondo y en sus ojos vivarachos se reflejaban el terror. Solo ella, entre los presentes, conocía el secreto congénito de Camilo. Éste había nacido, en el sitio correspondiente a su tetilla derecha, con un agujero del tamaño del pezón de la tetilla, del cual emanaba flujo preseminal en momentos de excitación. Si se descubría, ello podría ser humillante, embarazoso y hasta catastrófico, según la abnegada madre. Pero se equivocó. Algún avisado fue el primero en descubrirlo: -¡Crema, crema de whisky!- No terminó de gritar la frase cuando todo el conglomerado humano en la taberna Las Cuevas de Almanzora, en las profundidades de la tierra, ya se había arremolinado bajo el cuerpo flotante, agujereado y liviano de Camilo Buraco para saborear tan apetecible emanación que fluía de sus cavidades porosas. Mientras tanto Camilo, en el aire, ebrio de bondad y de frotarse con placer su tetilla derecha, exclamaba:

-¡Mientras más me llenan, menos peso; mientras menos peso, mayor el placer; a mayor placer, la suerte está echada!-

Sólo su madre, la de rostro redondo y ojos vivarachos, comprendió el verdadero sentido de aquellas palabras lanzadas desde el aire enrarecido de una cueva. Tan solo ella.

II

Por alguna extraña circunstancia los agujeros han determinado la vida de Camilo Buraco. Al nacer descubrieron, atónitos, que Camilo poseía una cavidad corporal extra. En lugar de la correspondiente tetilla derecha poseía un agujero del tamaño del pequeño pezón de la tetilla. Un líquido blancuzco, más claro y espeso que la leche, fluía cada vez que su madre lo amamantaba. Ella, mujer regordeta, cara redonda y ojos vivarachos, temblaba entre preocupada y asustada, cada vez que tenía que repetir el ritual de alimentarlo, pensando en las posibles consecuencias de este defecto, si es que así podría denominarse a este fenómeno. Durante la emanación de aquel líquido Camilo Buraco no lloraba ni reflejaba acto alguno de dolor o sufrimiento. Su rostro, más bien puntiagudo y pálido, en todo momento proyectaba una manifiesta sonrisa de placer y satisfacción. Años después, cuando Camilo entró en la pubertad, se descubrió que aquel flujo no era ni más ni menos que flujo preseminal.

Así de absurda era la vida de Camilo. Pero absurda o no, éste y los demás agujeros que se interpusieron en su camino no fueron óbice para una vida de sufrimientos ni frustraciones. Por el contrario, el agujero de su tetilla derecha fue causa de innumerables placeres extáticos, ya sea en solitario o en compañía, a pesar de los riesgos que un flujo de tal magnitud podría causar. Apenas tuvo uso de razón Camilo descubrió la diferencia, pero a pesar de ello siempre intuyó que ésta sería una bendición, un aliciente en su vida, a pesar de las preocupaciones maternas por ocultar el defecto.

Entre médicos, brujos, naturistas, místicos y demás, Camilo pasó la mayor parte de su infancia. Pero precisamente llegada la pubertad, cuando le diagnosticaron el origen de sus emanaciones, Camilo Buraco se rebeló, dejó de asistir a todas aquellas citas y le dio por inquirir, por su cuenta, sobre la causa y origen de esta bendita diferencia. Y no le fue difícil dar con ellas. Su abuelo materno, padre de dieciocho hijos con cuatro mujeres, en cuatro diferentes puntos estratégicos del planeta, padecía del mismo defecto-bendición. Aquello lo descubrió por un casual, de la forma más inesperada, y no precisamente por boca de su madre.

En un viaje de placer por Panamá, subiendo a un autobús que debía trasladarlo a una expedición por las cuevas de Chilibre, su codo chocó con el pecho de otro viajero,

regordete, de cara redonda y ojos vivarachos, que en vez de protestar o de exhalar un grito de dolor o rechazo, expresó un ah..... tan sensual, como el que solía expresar el propio Camilo cada vez que se tocaba o le tocaban la tetilla derecha. E inmediatamente descubrió que la camisa del viajero se impregnaba de un líquido más que conocido por él. Camilo quedó estupefacto. Más aún cuando descubrió que aquel joven poseía los rasgos físicos de su madre: su cuerpo regordete, su cara redonda con pómulos abultados y colorados, y esa mirada penetrante de unos ojazos negros y vivarachos. Así conoció a su primo, en un viaje programado para satisfacer esa imperiosa necesidad suya de conocer todo hueco o cueva que bajo tierra existiera, después de una impresionante e inusitada presentación. Descubrió, además de que su primo compartía las mismas inquietudes por todo lo que oliera a agujero, fenómeno que habían heredado del abuelo, que aún vivía, ya con su cuarta mujer y sus tres últimos hijos. Pero al parecer tan solo Camilo y este primo, que por extrañas circunstancias se llamaba Micalo Buraco, habían heredado esta característica congénita del abuelo, según la confesión del propio Micalo.

Aquel primer encuentro con su primo terminó entre copas, humos y decibelios, en el bar El Agujero Negro, de la ciudad de Colón, donde Camilo y Micalo entonaron, con voz ronca, como salida de una cavidad subterránea, aquel estribillo que decía:

El mundo todo un agujero grande es
ni objeto, ni color, ni alma
ni siquiera el flujo de la vida.
Tan solo un agujero grande es.

Aún se repite en Colón ese estribillo entre los noctámbulos asiduos a los bares y cantinas como el himno a la lealtad étílico-nocturna.

III

Camilo Buraco se despertó en la madrugada con una sola obsesión: ¿dónde habrían parado los diez mil dólares que le había regalado su abuelo materno, con quien le unían lazos de afinidad muy particulares? El dinero lo había escondido desde hacía tres años detrás del azulejo hueco de la cocina. Un buen escondite que le evitaría innecesarias declaraciones. Pero ahora, recién casado, su mujer, una minera de armas tomar, había iniciado reformas en la casa. No es que Camilo lo viera con buenos ojos pero era consciente que su piso de soltero, lleno de agujeros y rayando en el estado de dejadez, no era el hogar más adecuado para una mujer que desde muy joven había tenido que poner pecho y alma para lograr su sueño: ser aceptada como mujer minera en su comarca. Ahora que había abandonado su oficio para vincularse maritalmente con Camilo, quería tomar las riendas de los asuntos hogareños y adecuar el piso para una convivencia agradable y pacífica. Once años en la mina la habían adiestrado para apreciar hasta la más mínima tonalidad de luz y color. Pero ahora, pasada la medianoche, con su mujer a un lado de la cama, Camilo recordó súbitamente el dinero. No era producto de una pesadilla. Ese mismo día los obreros estuvieron derrumbando con mazos y martillos las paredes de la cocina para empotrar el nuevo armario alacena con el que su mujer seguramente estaría soñando, y que había copiado de una de las tantas revistas de decoración.

El sudor fue invadiendo cada uno de los ya dilatados poros de Camilo mientras pensaba en lo que podía haber ocurrido con los diez mil dólares. Y, sin saber exactamente por qué, su mujer dejó de parecerle aquella minera robusta y decidida que había conocido en las minas asturianas, en una de sus frecuentes incursiones por cuevas y minas, en su afán por satisfacer esa desesperada afición por adentrarse a los agujeros más profundos de la tierra. Podría afirmarse con rotunda seguridad que fue ese interés de Regina, que así se llamaba su recién estrenada mujer, por las minas y profundidades, lo que atrajo a Camilo que quedó, más que admirado, anonadado al conocer aquella mujer fuerte, segura, con mucho

que mostrar de frente, a cientos de metros bajo la superficie terrestre, a la tenue luz de las linternas que ambos colgaban de sus cascos especiales. No está demás recordar que Regina sólo quedó prendada de él cuando conoció, en un muy intencionado y provocado momento por parte de Camilo, el defecto que éste, si es que así podría llamársele, había heredado de su abuelo materno: en lugar de su tetilla izquierda tenía un pequeño agujero, foco de placeres inenarrables y de sensaciones fuera de lo común, a las que prácticamente ninguna mujer podía resistirse.

En su imaginación, y quien sabe si en la realidad que el futuro podría confirmar, su mujer empezó a ocupar un espacio cada vez más amplio de la cama hasta encajar en toda ella, como una masa gorda y amorfa, y él, sin sus diez mil dólares ni respiración, debajo, bajo su peso, asfixiado y jadeando, y no precisamente debido a una estimulante sesión de sexo.

-Regina, Regina ¡despierta!- exclamó Camilo como si su voz saliera de algún agujero ahuecado.

-Mmmm..., ahora no, Camilín.... estoy exhausta.

-Que despiertes, te digo.- Camilo le dio tal empujón que hizo botar a Regina en aquel colchón de resortes multielásticos.

-¿Pero que pasa, mi amor? Que susto me has dado.

-Regina, ¿qué han hecho los obreros con los escombros de la pared de la cocina?

-Pero Camilo, ¿para eso me despiertas a estas horas? ¿Qué importancia tiene eso?

-La tiene, Regina, créeme que la tiene.

-¿Pero por qué, Camilín?

-Dime qué han hecho con los escombros y luego te explicaré.

-Y yo que sé; me imagino que lo han tirado en el contenedor que alquilamos para eso, si es que les ha dado tiempo. A lo mejor aún está en la cocina, como es imposible entrar...

Camilo dio un brinco por sobre su mujer y tal como estaba, desnudo, corrió a la cocina para adentrarse entre escombros y ladrillos y penetrar en las profundidades oscuras de su propia cocina. Aunque parezca imposible Camilo se sintió en su ambiente; se reavivó en él esa grata sensación de penetrar, como un topo, en agujeros y lugares profundos y oscuros. Regina, su mujer, que lo miraba atónita, no entendía qué estaba ocurriendo. En un momento dado Camilo desapareció de su vista, sepultado entre tanto cemento y barro.

Excavando cada vez más profundamente Camilo Buraco apenas oía en la lejanía el repiqueteo de su nombre, que era pronunciado por su mujer, y casi se estaba olvidando de cuál era la finalidad de su misión: encontrar esos malditos diez mil dólares que su abuelo, desde algún lugar de Filipinas, le había enviado cuando se enteró de las afinidades que a ambos los unían, tanto físicas como culturales. Cuando la oscuridad se hizo total, Camilo percibió que algo no estaba marchando con normalidad: mientras más excavaba más claramente empezaba a ver las cosas. Sus ojos parecían dos mínimas linternas -como aquella del casco que llevaba puesto el día que vio por primera vez a su actual esposa, en la mina- que alumbraban el camino que él mismo abría con sus manos y cuerpo. Además, considerando el tiempo y la distancia recorrida, Camilo tendría que haber atravesado ya las paredes de su propio piso para adentrarse en el piso de abajo o el lateral. En aquel instante se dio cuenta, también, que su pensamiento cobraba visos de realidad, pues se descubrió a sí mismo, en medio de la oscuridad, en otra habitación, lejos ya de los escombros que hacía tan solo unos instantes lo envolvían. La única ventaja era que, a pesar de la oscuridad, sus ojos relucientes le permitían observar con claridad a su alrededor. De esta manera divisó aquel cuerpo de mujer despampanante, desnudo y solitario en esa cama enorme y desaprovechada. Mientras la morena suspiraba entre sueños, Camilo se sorprendió imaginando actos que su moral no le permitía, pero quedó más sorprendido cuando de pronto, en menos de lo que el ojo tarda en parpadear, se vio en la cama envuelto entre los voluptuosos brazos, pechos y piernas de la morena. Camilo sudó como un condenado sin estar seguro si era a causa del poder que estaba descubriendo en él, por motivos más

sensuales, o por la conciencia ética que le recriminaba su escandalosa actitud en un caballero recién casado. Aún así, intentó por todos los medios no pensar más que en lo que estaba haciendo. No le gustaba dejar inacabada ninguna obra que emprendía. Y ésta la emprendió hasta sus últimas consecuencias, haciendo alarde del defecto congénito en su tetilla izquierda.

Todo llega a su fin y, Camilo, para tratar de adormecer su conciencia herida y removida pensó en los diez mil dólares desaparecidos, causa de todos sus últimos y recientes males. No tardó en descubrir, con la sorprendente luminosidad de sus ojos, un agujero entre los escombros que, hacía poco rato, había atravesado y, dentro de él, un fajo de billetes verdes. Se introdujo entonces con su habilidad de topo en aquel agujero, tomó los billetes y siguió su camino con la esperanza de retornar a la derruida cocina de su hogar. El pensamiento fue nuevamente su medio de transporte, rápido y barato. No hizo más que salir de la cocina, tan desnudo como había desaparecido, aunque lleno de polvo y de rasguños. Sin embargo, esta vez su mente quedó paralizada a todo pensamiento. Ante Camilo apareció su mujer, tal como la había imaginado en los instantes que antecedieron a su última y fantástica aventura: una masa gorda y amorfa, tan gorda como la misma cama de matrimonio y tan blanda como el colchón en que imaginó tan aberrante visión.

-¡Camilín! ¡Camilín!- gritaba desesperada su mujer, la minera, la de armas tomar, mientras se acercaba a él extendiendo sus brazos para abrazarlo y atraerlo hacia sus pechos. La atracción fue total. Camilo Buraco desapareció entre esa masa de carne viviente que quería expresar su más dulce sentimiento de amor en un abrazo mortal. Pero conociendo a Camilo Buraco, superviviente innato de los más profundos y atrayentes agujeros y abismos, todo podría ser posible.

AUTOBIOGRAFÍA

Según cuentan mis biógrafos nací el veinticuatro de julio de 1996 en vísperas del día del patrón, en la ciudad complutense de Alcalá de Henares. Pero yo, verdadero y único reconocedor de mi propia vida, sé que tres meses antes ya intentaba escaparme de país de Nomeacuerdo. A partir de allí mi vida se convirtió en una constante huída a lo desconocido, al allá del más allá, al cero del infinito y, en última instancia, a la luna. Aquella luna que con tan solo diez años ya me apetecía comérmela. Pero claro está, quienes me duplicaban, me triplicaban o me cuadruplicaban la edad no hacían más que gritar horrorizados: ¿Te has vuelto loco? Eso no se dice eso no se hace eso no se toca eso no se come caca fuya. Se me partió el corazón

No fue aquella la primera vez en que mi corazón se partió. Recién cumplía mis primeros cinco años de vida cuando interrumpieron mi inocente juego del ñiquiñiqui con mi vecinita, la ingenua y suave Tutita, que a la postre tenía cuatro añitos, y que a los veinticuatro se convirtió en la Tutita más Tuta de todas las Tutas. Se me partió por vez primera el corazón, y algo más.

Como no pude seguir jugando con Tutita me las ingení para vigilarla, seguirla, espiarla, acosarla. A tal punto que el vigilar a través de una ventana o por el agujero de una puerta se convirtió para mí en un vicio, en una obsesión. Y reconozco que ha sido uno de los más leves de mis vicios. Pero cuando esta vez me atraparon no dejé que se me rompiera nuevamente el corazón. Decidí hacerme inventor: inventar las gafas supertúnicas para observar a Tutita a través de paredes, cortinas y paños. ☑ lo logré! Fue mi primer gran logro profesional como inventor. Ello ocurrió, no obstante, después de muchos años de esfuerzo y tesón, o sea, cuando Tutita se convirtió en la Tutita más Tuta de todas las Tutas. Sin embargo el mundo había ya girado tantas veces desde aquella sabia decisión, que había dejado de interesarme por ella. Además, cuando a los cinco años se me había roto el

corazón, también se me había roto algo más, ¿y qué podría hacer yo, ahora, con Tutita, sin ese algomás?

Entonces mi mayor afición se convirtió en mirar por la ventana, producto de mi tutitamanía. Instante tras instante. Ver pasar la vida ante mí, a través de una ventana, para corregirla con mis inventos, fue mi más refinada obsesión. Hasta que una noche volví a ver pasar la luna. Y me dio hambre. Y me dije: Me comeré la luna. Esta vez no había fuerza humana que me lo impidiera. ☒ me la comí! No en aquel mismo momento, dadas las circunstancias, pero a partir de entonces trabajé para ello, hasta que logré perfeccionar las gafas supertúnicas para que me hicieran, además, invisible y volátil. Recuerdo que en mi primer ensayo no me atreví volatizarme directamente hasta la luna. Preferí llegar hasta la costa oceánica para ver, con mis viejas-nuevas gafas, mi primera puesta de sol a la orilla del mar. Yo, el gran inventor del momento, hombre de tierra adentro, nunca había pisado la mar y debo confesar que al llegar a aquella inmensidad acuática, sobre las rocas del Finisterre, con aquellas gafas que no sabían distinguir entre noche y día, fue tal la aprensión, la trémula experiencia, que me dije, ruborizado, ¿Qué hago yo aquí, con lo bien que me siento detrás de la ventana? Pero al pensar que mi próximo viaje, a la luna, sería mucho más largo y complicado, me volvió a dar hambre y recapacité. Además, no quería más decepciones, no más corazones rotos. A lo máximo, aceptaría entregar mi vida como mártir por una causa justa.

Como todo lo que me propuse conseguir en esta vida de huída y de rupturas logré coronarlo con éxito, también éste, mi último experimento, mi última escapada, culminó exitosamente. Hoy, precisamente hoy, 24 de julio de 2086, me he he volatizado a la Estrella Centurión Contactglás X-304.R. Dicen mis biógrafos que he muerto, que he muerto como mártir, venerado y odiado en la ilusa gravedad terráquea. Pero antes pasé a darle un buen bocado, espectacular, a la luna. Y sin saber por qué, mi corazón, mil veces roto, volvió a romperse por última vez. Pero lo más curioso, los hombres de la tierra se preguntan: ¿Qué habrá pasado con la luna? Si parece un corazón roto, y gotea, gotea sangre... ¿Qué habrá pasado con la luna?. Y yo y mi no-yo reímos.

EL HERRERO

La polvorienta tarde en la que Billy The Kid apareció en mi pueblo, éste ya no era ni rastro de lo que en su día fue. Ni Billy The Kid era ya aquel Billy ni mucho menos aquel chico-kid. Ya pasaba de los sesenta y su vientre era mucho más abultado de lo que fue su propia leyenda de matón. Pero una cosa, tan solo una, quedaba intacta de todo su esplendor: la herradura de caballo que se había hecho incrustar, durante sus años de gloria, en la hebilla de su cinturón, cientos de veces gastado, cientos de veces reemplazado. Pero no así la herradura, incrustada en la hebilla, que estaba intacta; ennegrecida, pero intacta. Casi podría reflejarse en ella las fantásticas y prodigiosas hazañas que se le adjudicaban. Yo, que ahora era el dueño de la única ferretería de mi pueblo en medio de la nada y, por tanto, conocedor de las propiedades y vaivenes del fierro y otros metales, fui el único en darme cuenta de ello. Así, cuando Billy The Kid apareció por mi ferretería, fue deliberadamente tratado con delicadeza y reverencia, como si el tiempo no hubiera pasado, como si su leyenda no fuera eso, una leyenda. Con ello desarmé a Billy The Kid. Lo atraje a mi bando, inmisericordemente.

un cinturón nuevo suyo es sin coste alguno por merecimiento propio qué bonita hebilla sin igual impregnada de historia no si sólo quiero pulirla un traguito de ron seco mientras tanto sólo la pulo con gusto a tan delicada hebilla es verdad lo que cuentan de ella vaya pues no se hable más de la hebilla claro qué indiscreto soy todo suyo billy the kid pase atrás al refrigerio tome asiento quítese la hebilla se la pulo otra copita mire cómo empieza a brillar mírela bien, mírela fijamente brilla brilla no aparte su vista de la herradura se siente

tranquilo sosegado cómo brilla reluciente se va usted durmiendo duerma tranquilo duerma mirando la hebilla duerma

A Billy The Kid ya no lo veré más por la ferretería.

DE OFICIO, PICADOR DE AIRE

OFERTA DE TRABAJO: Picador de Aire

ENTREVISTA NÚMERO: 1,111,111

EMPRESA: A.I.R.E. (Airificadora Interestelar de Regiones Empobrecidas)

Usted lo toma o lo deja. Es un trabajo difícil, arriesgado y muy meticuloso. Somos conscientes de su peligrosidad y también de su precisión. Pero le recordamos que en esta época de paro y escasez, el sueldo a recibir, las facilidades y beneficios en especies, sólo retribuíbles al Sistema Gobernante, recompensan el riesgo y lo alientan. Piénselo bien, pero brevemente. Para ello tendrá treinta y tres segundos y dos cuartos. Pero antes, ponga mucha atención a los requisitos para optar al puesto de picador de aire: Ante todo deberá presentarse todos los anocheceres, al oír el repiqueteo cuadrítupelar de la Gobernación, sin ningún segundo de atraso, a la Estación de Recogida Inteléstelar de Regiones Empobrecidas. Allí le serán entregados los guantes de acetilacrifílico y el sacotrache del mismo material. Dispondrá, para vestirlo, de dos minutos y tres cuartos de segundo. El picolaserectriatídico para picar el aire en porciones tendrá que comprarlo en las tiendas A.I.R.E.. Si lo desea, la empresa se lo podrá proporcionar y se lo iremos descontando de su sueldo, a cómodos plazos, con el interés correspondiente. A la hora establecida subirá al cohetastróvil que lo trasladará a la Zona Restringida Airificada. Una vez allí le entregarán la máscara de respiración dosificada, que deberá ser devuelta en perfecto estado al final de cada jornada laboral. Su trabajo consistirá en picar porciones airosas de uno y un cuarto de aerolitro, no más, no menos, a razón de mil setecientas una porciones la hora mínimo. Por cada cuatro tres quinto horas tendrá derecho a ocho un séptimo minutos de descanso. Dado el carácter reservado y restringido del trabajo no podrá abandonar bajo ningún concepto, óigalo bien, bajo ningún concepto, la Zona Restringida Airificada. La comida le será ofrecida por la empresa A.I.R.E., a raíz de cuatro dos quintos de píldoras tragoalimentarias, que podrán ser engullidas en cualesquiera de sus tiempos de descanso, y sólo dentro del área establecida para ello. Como es lógico, se le descontará de su sueldo, a fin de cada ciclo, los gastos tragoalimentarios. Si resulta beneficiado con esta oferta de empleo, estará a prueba durante tres días y un tercio. Si no está de acuerdo con su labor o con lo estipulado en el contrato de trabajo, que a continuación deberá firmar, o no logra mantener el ritmo de trabajo exigido y, claro está, si no cumple con tan solo uno de los requisitos del contrato, se le entregará la carta de despido sin compensación ni sueldo alguno. Por el contrario, si logra cumplir con todas las exigencias y picar una mayor cantidad de porciones airosas de las exigidas por hora, usted y su familia recibirán gratis, como compensación, cinco porciones extras de aire oxigenado por persona/familia, y un bono extra de aguinaldo para las Festividades Solecianas de Fin de Fase. Como ve, el trabajo es duro y delicado, pero le aseguramos que el sueldo, uno un séptimo por ciento más que el salario mínimo intergalaxial, más las compensaciones extras ya fijadas, lo hacen tentador. Lo toma o lo deja.

RESONANCIA MAGNÉTICA

Mientras te iban metiendo por el tubo ocurrió el primer fenómeno: tu cuerpo fue absorbiendo el color blanco hueso del aparato; un mimetismo sincrónico. Al principio reí al ver la palidez de tu rostro y de tu cuerpo y me imaginé, conociendo tu disposición

aprensiva, lo que estarías pasando con tan solo pensar que te tenían que encerrar dentro de un aparato tubular, para efectuarte una resonancia magnética. Pero cuando prácticamente no pude distinguir entre la máquina milagrosa y tú, por ausencia de matiz entre ambos, empecé a preocuparme. Tuve que acercarme más y buscar tus cabellos, tus cejas, tus pestañas oscuras para cerciorarme de que aún estabas allí. Recibí un rapapolvo de la enfermera técnica, lo que me obligó a alejarme. En ese momento el aparato empezó a emitir unos ruidos sonantes y resonantes que reverberaban repetidamente en el recinto restringido a resonancia magnética. ¡Bum-bum! ¡Bum-bum! ¡Bum-bum! Y de pronto un brmmmmm continuo, que iba creciendo en intensidad conforme más fuerte se hacía la vibración de la aparato. Volví a reír, a pesar de mi arrepentimiento posterior, pues se me vino a la mente tu imagen metida en la lavadora en el momento de la centrifugación, temblando al ritmo del sonido que marcaba la máquina, girando tan rápidamente que casi no se notaba la continua rotación. Mi imagen mental se interrumpió cuando oí, desde lejos, creo que proveniente de algún micrófono en la habitación contigua, la voz de la enfermera técnica, que preguntaba: ¿Qué tal te encuentras?. Y tú, contestando con una voz que temblaba al compás de las vibraciones del sonido mecánico: Biiiiieennn. ¿Ya vez que no era tan terrible?, volvió a decirte la enfermera. Y tú, que siempre tienes que decir la última palabra, intentaste replicar: Bien es un decir, porque estoy.... Y en ese momento ocurrió el segundo fenómeno: Tus palabras llegaron al ambiente divididas en sílabas vibrantes y resonantes, conforme eran exhaladas por la máquina tubular. Las sílabas resonaban en una de las paredes, rebotaban al tubo, del tubo a otra pared, de la pared al techo, del techo otra vez al tubo, del tubo al suelo, y vuelta a la pared, al techo, al tubo al suelo, a tal punto que se creó un entretejido de sonidos ininteligibles, como si fuera un imaginario lenguaje extraterrestre. Hasta la enfermera técnica abandonó su recinto de cristal para acercarse a la máquina, pero sólo atinó a ponerse las manos sobre los oídos debido a la intensidad del ruido del aparato, amalgamado a las sílabas de tus propias palabras: To-si to-si to-si mi-co mi-co mi-co mu-soy mu-soy mu-soy claus-er claus-er claus-er de-mie de-mie de-mie e-sis e-sis e-sis re-quie re-quie re-quie tro-do tro-do tro-do se-ti se-ti se-ti lo-re lo-re lo-re fo-bi fo-bi fo-bi. Entonces corrió la enfermera otra vez al salón de mando, creo que para apagar el aparato pues a los pocos segundos oí, por sobre el estruendo del hablar vibrante entresilábico y el pum pum pum rítmico del tubo traga-hombres, un grito apagado y una voz ahogada y angustiada, proveniente del micrófono, que intentaba decir que no podía controlar el aparato. ¡No podía apagarlo! Era como si la máquina y tú os hubierais amalgamado de verdad. Te juro que así lo creí, porque me volví a acercar para cerciorarme de que aún estabas allí y, créeme, ya no te veía; ni tu pelo ni la más mínima pestaña negra podía distinguir. Solamente un inmenso tubo de color blanco hueso, como un gran brazo de gitano relleno de crema. Sólo que la crema eras tú. Perdóname por esta nueva imagen que se apoderó de mi mente, pero ya sabes que en los momentos de crisis o tensión no hago más que eludirte haciendo volar mi imaginación por el mundo del humor y la ironía. Pero esta vez te prometo que no quería eludirte, al menos no conscientemente. Créeme que el pavor se había apoderado de mí porque en el transcurso de un parpadeo, del mismo tubo tragador de hombres, acompañado del sonido diabólico, empezaste a salir tú, en pedacitos pedacitos, del tamaño de cada sílaba, de cada ritmo vibrátil, danzando al compás de la máquina, de ésta a la pared, de la pared al suelo, del suelo al techo, de vuelta al tubo, a la pared, al suelo, al techo, orquestando, ruido-palabra-cuerpo, una sinfonía sin igual, donde la materia se sentía, pesaba, se palpaba; no eran simples ondas vibratorias. El magnetismo de la resonancia de la máquina y tu propio magnetismo personal se atraían, se rechazaban, se unían, se repelían, en un juego inexplicable entre la materia, el sonido, la luz, la radiación. ¡La radiación! Aquí caí en cuenta que si estaba yo allí, tan cerca de ti, también hubiera podido afectarme toda esa radiación magnética; sospecha que se me hizo más acuciante cuando capté que la endemoniada enfermera técnica salía despavorida del recinto contiguo, con rumbo desconocido. Te juro que corrió más rápido que la velocidad de la luz, la supermana esa. Y me quedé allí, en medio del estruendo materiovibratoriondular, sin saber qué hacer o qué decir. Lo último que recuerdo es que te llamé, muy débilmente,

varias veces, con la esperanza de que algunas de las mínimas partes de tu cuerpo desintegrado, en danza perpetua, preferentemente de la oreja o del oído interior, pudieran captar mi voz para que te enteraras de que yo estaba allí, que no pensaba abandonarte, que pasara lo que pasara estaría contigo. ☒ fuiste tú quien no me abandonó! Me imagino que me desmayé pues no tuve recuerdo más allá de mi débil voz llamándote entre los átomos de materia, de sonido, de voz, que brincaban de un lado a otro como miles de pelotas de ping pong rebotando incontroladas. Fue mi última imagen fantástica en aquel recinto que, en un letrero exterior advertía: Peligro. No entrar sin permiso. Se trabaja con ondas magnéticas y radiaciones: Te vi sobre una mesa de ping pong, rebotando como una pelota más blanca que el blanco hueso del condenado tubo de resonancia magnética, entre dos paletas en manos de sendos campeones chinos que se disputaban el campeonato universal de tenis de mesa. Ahora no puedo asegurar si lo último que hice fue reírme de mi propia ocurrencia o pronunciar tu nombre.

Cuando desperté, ya en casa, sentí tu presencia pero no la vi. Me costó mucho retomar el hilo del asunto, hilvanar los hechos, coser los acontecimientos en su orden cronológico. Pero finalmente tuve que aceptar el hecho de que tu presencia era constante ☒ sólo que te habías vuelto invisible! Estabas allí, a mi lado, y eras tú quien ahora reías. Tu voz también había cambiado: hablabas entrecortadamente, como un robot, como alguien que se ve en la necesidad de pegar con pegamento una sílaba con otra para que cobre sentido la palabra y no se le escape, evitando así que rebote cada sílaba por su lado, de un lado a otro, y generar nuevamente el caos. Pero aunque no me lo has dicho, lo he descubierto: sigues cojeando. Fuiste a hacerte una resonancia magnética porque tu rodilla sufría de una posible rotura de menisco que te hacía cojear constantemente y, al final, tan solo oyendo tus pisadas, que no las puedo ver, me doy cuenta de que de nada sirvió aquella cita médica. ☒ Sigues condenadamente cojeando! Ni tu invisibilidad lo puede disimular. Y sé también por qué ríes constantemente: por mí. Te causa gracia ¿o será una dulce venganza? que no pueda acercarme a la cocina, ni a los coches, ni a casi metal alguno: la resonancia la absorbiste tú, pero me dejaste a mí el fenómeno magnético. ☒ Si soy un imán ambulante! Se me pegan las cucharas, los tenedores, los tornillos, los alfileres, las tijeras, los botes de conserva, las sillas de metal

☒ Hasta he descubierto que el reloj de oro que recibiste como herencia de tu abuelo no es tal, es de simple hierro pintado! Pero créeme que lo más difícil de todo es levantarme todas las mañanas y poder salir de la cama; es un martirio extender cada pie fuera de ella cuando se me pegan en las barras de hierro del somier y mi espalda queda atrapada por los resortes.

Ríete, ríete, pero cuando me compre una cama de madera de paso te compraré un bastón y entonces volveré a reír yo.

LA EXTRAÑA FIJACIÓN DE BILLY THE KID

Cuando Billy The Kid se despertó no fue consciente de que había atravesado el umbral. El susto más bien llegó cuando quiso ajustarse su cinturón con hebilla de herradura incorporada -costumbre que había adquirido desde la primera vez que bajó del potro que robó para cometer sus fechorías- y se percató de que no llevaba herradura, aquella que le dio fama de estrella afortunada y cara de niño bueno durante sus largos años de matón. Ni siquiera se dio cuenta que no tenía cuerpo. Tan solo le preocupaba su hebilla en forma de herradura, que había desaparecido, a tal punto que ni se preguntó dónde estaba, qué lo rodeaba o qué había ocurrido. Billy The Kid rugió en cólera sin percatarse tampoco que de su boca no salía sonido alguno. Tampoco fue consciente de no tener brazos cuando quiso agitarlos furiosamente por los aires. Corrió, o quiso hacerlo, en busca de la ferretería en la que, según creía, había pasado su última tarde. Tan absorto estaba en su obsesión, en la desaparición de su herradura, en la furia que le recorría, que creyó estar corriendo sobre la polvorienta calle del olvidado pueblo en tierra de nadie. Pero no había ni pueblo, ni calle, ni

polvo, ni ferretería, ni piernas, ni brazos, ni Billy The Kid, ni nada. En ese estado estaba anímica, que no corporalmente The Kid, cuando vio ante sí un enorme espejo en el firmamento que reflejaba su propia imagen en movimiento durante todas sus edades, sus hazañas, sus fechorías, sus crímenes. Al mismo instante se veía en la choza de su padraastro observando cómo ataba a su madre para azotarla y violarla. Se veía huyendo, perseguido por su padraastro, atrapado, azotado y violado. Percibía claramente la sangre, la baba, el dolor, el odio, la huída. Y al instante se veía también robando al potro que lo acompañaría durante sus seis primeros años de inicios profesionales, en los que adquirió el mote de The Kid, con su cara de niño. Se veía robando, matando, violando, huyendo de la justicia, vengándose de su padraastro en cada crimen que cometía. Se veía con la que fue su primera mujer a la que ataba a la cama para azotarla y violarla. Veía el rostro de su hijastro que trataba de escapar, y él persiguiéndolo, atrapándolo, atándolo, azotándolo, violándolo. Reconoció el momento en que adquirió aquella herradura de caballo que luego se hizo incrustar, reluciente y llamativa, en la hebilla del cinturón, para orgullo de sus hazañas.

Así Billy The Kid fue recorriendo imagen tras imagen en el espejo mágico hasta que se vio entrando en la ferretería de aquel pueblo abandonado en medio de la nada, con decenas de años encima, con una tripa fofa y gigante que a duras penas podía sostener su cinturón con hebilla de herradura incorporada; con cicatrices y arrugas en esa otrora cara de niño. Y en ese momento The Kid sintió náuseas. Quiso vomitar. Intentó vanamente doblegar su cuerpo para hacerlo y, por primera vez se percató de que no podía, que no tenía cuerpo, tan solo sensaciones. En ese momento lo único real era el espejo-firmamento que empezaba a reflejar su propia conciencia, monstruosa, removedora, como miles de cuchillos muy finos y afilados que lenta y suavemente pinchan tu piel, poquito a poco, lenta y suavemente, por todo el cuerpo, todo, afilados y finos, hiriéndote lenta y suavemente, poquito a poco, sin prisa, hasta que no queda más piel, más cuerpo que acuchillar, hasta que no queda cuerpo. Tan solo consciencia y remordimiento.

-Jo, jo- quiso reír The Kid, con la esperanza de que todo fuera una pesadilla, como las que lo habían estado acompañando en sus últimos años, desde el día en que pisó la libertad tras escaparse de su última condena.

-Jo, jo- rió el alma de The Kid. Pero nadie oyó su risa.

SOL

Ventanales
ventanales que desaparecen
tras el reflejo solar.
Sol que se duplica
triplica
multiplica
en cada ventanal
imperando con sus rayos
en un día de junio
imponiendo
impregnando
con cada rayo su poder
con su poder, su presencia
con su presencia, su calor.
Y una aparición que rompe
que apodera
humana
bella
como la diosa del sol que hace acto de presencia

con su sonrisa
su saludo
su contagiosa hermosura
y aquel bulto delicado de su vientre
que esconde el secreto del pacto solar.
Una ventana que se cierra
y de pronto
el recuerdo
y de pronto
el embeleso
y de pronto
la nada.
Tan solo la ilusión de lo que fue
y no fue.

El calor era sofocante y eso que aún estábamos en junio. A Sol le tocaba dar a luz por esas fechas. Tan solo tenía dieciséis años, pero su cuerpo bien formado, cadera redonda y contorneada, senos erectos, su piel tersa y morena y esos ojazos almendrados y penetrantes en el rostro más bello que se haya visto, le daban la apariencia de una diosa india. Inclusive el bulto de su vientre, que poco a poco iba creciendo durante los últimos meses, aumentaba ese halo de misterio y sensualidad que desde niña la envolvía. Precisamente por eso era desconcertante. Nadie sabía cómo ni con quién Sol había mantenido relaciones carnales. De niña era risueña, alegre, de las que les encantaba estar al aire libre, a pleno sol, saltar por los campos, trepar a los árboles, jugar con sus amigos, bromear y reír constantemente. Sin embargo, al entrar a la pubertad, cuando su cuerpo fue tomando esas formas sensuales de hembra, su carácter cambió. Se hizo huraña, callada, inclusive obediente y hogareña. No solía salir de casa; tan solo al mediodía, cuando el sol se encontraba en su esplendor. Lo miraba, con sus brazos levantados hacia él, y sonreía. Después de ese instante volvía a entrar. Y eso que no faltaban amigos, compañeros y desconocidos alrededor de su casa, intentando acercarse a Sol, como zánganos alrededor de la abeja reina, sin más esperanza que verla de lejos, un instante, para morir tranquilos. Por eso era incomprensible todo aquello. Sus padres estaban desconcertados, especialmente su madre, que creía conocerla mejor que nadie. Un buen día, a los quince años, Sol habló, escueta, en voz baja y serena:

-para el próximo verano, a su inicio, daré a luz. Será un verano ardiente e imperecedero. Y no volvió a pronunciar palabra. Tan solo sonreía. Diariamente, al mediodía, cuando el sol se apoderaba del cenit, abría la ventana de su habitación, sonreía con ese rostro de diosa india, y saludaba. De vez en cuando alguna risa corta como reacción a las frases y piropos que le lanzaban desde la calle sus jóvenes y no tan jóvenes admiradores. Al principio nadie se había enterado de su estado; a excepción de sus padres, tristes y apesadumbrados desde aquel pronunciamiento de su hija y de su negativa de volver a hablar; y su abuela, Estrella, la única a la que le era permitido el acceso a su habitación a cualquier hora y en cualquier circunstancia. La abuela Estrella se mostraba contenta; inclusive podría decirse que feliz e ilusionada por el futuro acontecimiento, como si conociera el secreto de todo aquello. Su rostro, a pesar de las arrugas, dejaba vislumbrar su otrora belleza, casi comparable con la de Sol, su nieta.

Entonces algo cambió: Tres o cuatro meses atrás Sol, como tantas veces, abrió su ventana, pero esta vez apareció desnuda, mostrando en todo su esplendor ese cuerpo imponente, sensual, con su vientre pronunciado, y una sonrisa casi luminosa. Algunos hasta dirían que de su rostro manaban rayos de luz. Lo cierto es que en aquel momento el mundo se detuvo: no se oyó ni una palabra, ni un suspiro; las aves detuvieron su vuelo en el espacio; los animales se inmovilizaron; las nubes cesaron de arrastrarse; nadie habló; nadie se movió;

tan solo miraron, miraron y callaron. Fue cosa de segundos, como si la humanidad entera hubiera decidido, al unísono, contener la respiración, parar el tiempo. Pareció una eternidad pero fueron tan solamente unos segundos. Y luego, la algarabía, los aplausos, la enhorabuena, como si todo el pueblo hubiera esperado con ansia, durante días y días, este momento. Sol sonrió, se tocó el vientre y, finalmente, saludó con su mano de diosa india. Apareció entonces su abuela Estrella y cerró, alegre y sonriente, la ventana.

A partir de ese día, y durante los últimos meses, los días amanecieron más claros, luminosos, sin una nube ni una gota de lluvia, con un sol que se negaba a bajar de su cenit por horas y horas. Y el calor. Un calor sofocante e inesperado para estas fechas primaverales.

Así se llegó hasta junio, con un sol radiante y reinante. Lo curioso era que a pesar del calor y del sofoco todo el pueblo, todos, nos sentíamos más animados; todas las rencillas vecinales se habían olvidado; todos nos sentíamos espléndidos. Pero sobre todo ello esperábamos, con una ilusión incomprensible, un gran acontecimiento, el gran acontecimiento. Realmente no había causa que lo justificara, pero del ambiente, quizá a causa del sol, se había apoderado un halo de esperanza y de ilusión. Como si en cualquier momento pudiera acontecer un milagro capaz de cambiar el rumbo de los acontecimientos. Era una extraña sensación, pero profundo.

En la noche de San Juan ocurrió el milagro. Las hogueras y fuegos artificiales en el pueblo intentaban alargar un poco más la luminosidad que durante este largo y ardiente día nos había regalado el sol; como si quisiéramos robarle a la noche la poca oscuridad que le quedaba. De pronto, ante la explosión del último fuego artificial, empezó a emanar desde la ventana de la habitación de Sol, una cascada de luz que se esparcía e impregnaba todo por la calle central del pueblo, hasta llegar, radiante, a la plaza mayor, donde estábamos reunidos, quizás más que para celebrar los ritos ancestrales, con la esperanza de que aquel acontecimiento internamente esperado, ocurriera. Y así fue. Mientras más luz se derramaba por la ventana de Sol, más clara y radiante se hacía la noche. Todos, entonces, quedamos estáticos, a la expectativa, asiéndonos de las manos y dirigiendo nuestras miradas, con dificultad por el resplandor, hacia aquel lugar del cual procedía el origen de aquella cascada de luz. Y de inmediato oímos un llanto; el sonido dulce y esperanzador del llanto de un bebé recién nacido, que iba entretejiéndose con los rayos de luz que se precipitaban al exterior desde la casa de sol, la hermosa, la diosa india.

* * *

Lo llamo documento por no encontrar un mejor nombre. Lo encontré entre los papeles de mi abuela Luz, que en Paz descansa. Mis padres me pidieron viajar al pueblo, a la muerte de la abuela, para poner en orden sus cosas y rescatar los documentos y bienes de valor. Pero éste, escrito en pluma negra sobre papel vegetal, amarillento y deteriorado por el tiempo, me llamó poderosamente la atención. Sé que no lo escribió la abuela Luz, pues su escritura difiere del resto de los documentos y escritos firmados por ella. Decidí entonces averiguar su procedencia y su veracidad ¿o sería tan sólo el resultado de la imaginación prolífera de algún antepasado? El pueblo, que quizás sufrió muchos cambios en algún pasado no muy lejano, en la actualidad se ha estancado debido a la emigración hacia la ciudad de los hijos jóvenes, entre ellos mi madre. Sin embargo la abuela Luz nunca quiso abandonar su pueblo, aún después de la muerte del abuelo, y a pesar de que en el pueblo no querían saber mucho de ella, pues decía que hablaba del pasado más de la cuenta. Recuerdo que en mi infancia, en vacaciones, solíamos viajar al pueblo para disfrutar del sol y del campo. Era entonces cuando oía a la abuela contar relatos de antaño, de los días de los padres de sus padres, y siempre terminaba con aquello de ocurrió un milagro pero lo dejamos pasar de largo. No sé si tiene relación con este relato-documento. Pero lo cierto es que en todo el pueblo pocos son los que quieren responder a mis inquisiciones. Los más

jóvenes no saben de qué les hablo ni quieren enterarse. Y los mayores me evitan y me responden con evasivas, principalmente aquellos que me conocen como el nieto de Luz, la de la casa luminosa, aunque no sé si por referencia a su nombre o por otra cosa. Debo confesar que mis pesquisas no han llegado a buen puerto. Algo ocurrió en una lejana noche de San Juan en el pueblo, de eso estoy seguro; pero no quedó mayor recuerdo de todo aquello. La memoria colectiva del pueblo de mi madre reconoce, aunque a regañadientes, un extraño acontecimiento en una de las tantas noches de San Juan. Pero nadie se atreve a llegar a más. No sé por miedo a qué. Sólo me arrepiento de no haber prestado la atención debida a los relatos de mi abuela Luz, cuando vivía; aunque hay que reconocer que en su momento mis acciones y sueños de niño y adolescente iban por otros derroteros más mundanos y lúdicos. Mi madre, que nunca se llevó bien con la suya, por razones que desconozco, tampoco sabe nada ni quiere saberlo. En fin, más que este papel vegetal, ajado y amarillento, ni una flor, ni un cuadro, nada, quedó de aquel recuerdo.

CHALLENGER

La mañana de agosto en la que Challenger entró en casa tuve un mal presentimiento. Supe en ese momento que la culpa de todo la tendría mi marido. Todo comenzó cuando le notificaron en el trabajo que este año no se podría tomar las vacaciones en verano. Eran los últimos días de julio. Si el pobre estaba deshecho qué decir de mi estado de ánimo y el de nuestro hijo de catorce años. Nos prometió entonces un gran regalo como recompensa. Lo que podría costarle unas vacaciones decidió gastarlo en Challenger y así mantenernos a mi hijo y a mí en casa, con distracción incluida.

Cuando Challenger llegó mi marido no estaba en casa, así que al chaval y a mí nos tocó recibirlo. La verdad es que no sabíamos cómo tratarlo. Por más mano y empeño que pusiéramos no reaccionaba ni nos devolvía nuestro cariñoso tratamiento. Empecé a echarle la culpa a mi hijo, que si era un inútil, que si no había aprendido nada en el colegio. Y él, aprovechando mi oficio de profesora de instituto, me ofendió con aquello de claro, con los profesores que hoy tenemos en los institutos qué se puede esperar de la educación de un chaval. Cuando mi marido regresó a casa nos encontró ensartados en una inútil discusión generacional, mientras Challenger yacía en el salón con sus partes despatarradas. Hecho una furia no se le ocurrió más que recriminarnos: que si lo que le había costado, que si para eso lo había mandado traer a casa. Descargó sobre nuestro pobre hijo y sobre mí toda la rabia controlada que tenía por haberse quedado sin vacaciones mientras sus compañeros gozaban del sol y la playa. Ahora ya no era un presentimiento; ahora estaba segura de que esto acabaría mal.

Mi marido acomodó a Challenger delicada y decentemente. No sé qué parte sensible le tocó y Challenger, por fin, empezó a reaccionar ☹ de qué manera! Quedamos todos embobados, más bien excitados, los tres alrededor de Challenger. Pero el que más, mi marido. No le quitaba ojo de encima, ni manos, ni pensamiento, nada. Estaba tan embuído que yo empecé a mosquarme. Estar una hora allí, a su lado, sin tocar ni hacer nada, viendo cómo el otro se entusiasmaba, se divertía y hasta suspiraba, era demasiado para mí. Se lo insinué y reaccionó airadamente: que si ahora sí quería jugar con él, cuando toda la tarde nos pasamos discutiendo en vez de aprovechar el tiempo con Challenger. Ello me hizo sospechar de que en casa había entrado un enemigo y yo, tonta de mí, no sólo lo había recibido con los brazos abiertos, sino que estaba dispuesta a entregarme toda entera a él ☹ entregarle hasta a mi hijo, mi joya más preciada! Ahora ya no cabía duda de la culpabilidad de mi marido en todo este asunto; a fin de cuentas fue él quien metió a Challenger en casa.

Me fui a la habitación mientras mi marido atraía al chaval a su bando, enseñándole cómo tratar a Challenger para que éste respondiera de maravilla. No sé que le habrían metido a Challenger, pero al parecer sabía muy bien cómo relajarlos y distraerlos. Serían las tres o

cuatro de la madrugada cuando a mi marido se le ocurrió, por fin, entrar al dormitorio y percatarse de que tenía una esposa. Qué le había enseñado Challenger no lo sabía ni me importaba, pero el caso era que mi marido seguía con ganas de juerga, esta vez conmigo. Lo mandé a paseo, me di la vuelta y apagué la luz.

A la mañana siguiente las cosas fueron de mal en peor. Como era lógico, mi marido no podía levantarse por el dale que te pego que tuvo casi toda la noche con Challenger. Así que me tocó a mí espabilarlo y prácticamente vestirlo, darle el desayuno, empujarlo hacia la puerta y meterlo en el coche. Y de recompensa sólo recibí esa mirada penetrante, cortante, como diciéndome te odio, si puedo te apuñalo. Menos mal que, conociendo a mi marido, sabía muy bien cómo había que lidiarlo cuando por las mañanas se levantaba con ese humor. Pero como aquella mañana, nunca! Yo también me sentía exhausta y, además, humillada. Por supuesto que mi frustración se la achacé a Challenger, por lo que no quería ni entrar a la sala para no encontrarme con él. A eso de las once se despertó mi hijo y directamente se dirigió a la sala para jugar con Challenger. -¡Regresa de una vez!- le grité como si en ello se fuera mi vida-. Primero te vas a asear, a duchar y a desayunar y luego podrás hacer lo que ten vengas en gana. ¡Guarro!- Se inició otra vez la eterna discusión, de que era un incomprendido, de que yo se lo hacía a posta y demás peroratas de adolescente. Tuve, inclusive, que amenazarlo con echar a Challenger, que más falta me hacía un buen vídeo que ese intruso. Con mucho desgaste psíquico gané la batalla. Pero luego no me quedó más excusa y tuve que dejarlo jugar con él.

Hasta que llegó David, mi alumno de Bachillerato que no daba golpe en química y al que me había comprometido con su madre ponerlo al día para que pudiera presentar con éxito el examen de recuperación en setiembre. Con diecinueve años David repetía el último curso del bachillerato y no era plan de que repitiera una vez más. El problema era hacer que el chaval reaccionara en lo que debía y no se me quedara mirando con cara de bobo. Mi hijo, que todo lo capta y lo que no, lo adivina o lo inventa, lo odiaba. No podía ni verlo. Así que cuando David llegó, se encerró en su cuarto. No habían pasado ni cinco minutos cuando David se percató de que había en la sala otra presencia: ¡Challenger! Mi paciencia se me estaba agotando. David dejó de ponerme atención a mí y a mis explicaciones, y sin esperar respuesta alguna se lanzó a entretenerse con Challenger. Mientras tanto, al escuchar mi hijo desde su habitación los gemidos característicos de Challenger, salió hecho una furia a defender lo suyo, pero no sé qué le enseñó David que los tres quedaron íntimamente compenetrados en su juego y yo, desplazada. Mi vaso estaba a punto de desbordarse. Esto iba demasiado lejos. Tuve que utilizar todos mis encantos para liberar a David de Challenger, lo que a mi hijo no le hizo ninguna gracia.

Una vez que logré despachar a David me espetó mi hijo que a mí me importaba más ese idiota de David que él, mi propio hijo. Yo le devolví la jugada acusándolo de ponerle más atención y prodigarle más cariño a Challenger que a su propia madre. En eso estábamos cuando se le ocurrió a mi marido volver a casa, con el mal humor que arrastraba por falta de sueño de la noche anterior. A pesar de sorprendernos nuevamente en una estúpida discusión, esta vez se alió con mi hijo para que quedara yo como responsable y culpable de todo este jaleo. Y para colmo aún tenía que agradecerle a mi hijo, que así me lo insinuó cuando su padre se fue al baño, de que no había sacado a luz delante de papá mi talante con David. Ya lo había presentado yo, desde que se le abrió a Challenger la puerta de casa, que esto terminaría mal y que mi marido, para expiar sus culpas, me las achacaría a mí.

Decidí que ya era hora de tomar cartas en el asunto. Esa misma noche volví a dejar a palo a mi marido, aunque esta vez ni el mismísimo Challenger logró mantenerlo a vela más que hasta media noche. A la mañana siguiente no le dije nada a mi hijo; dejé que fuera directamente a su encuentro pasional con Challenger. Pero cuando llegó David me tomé la revancha: lo recibí con aquel vestido mini negro, ceñido y escotado que me había puesto tan solo una vez, hacía tres años, cuando mi marido y yo decidimos recordar nuestros

mejores momentos, aprovechando la estadía del chaval en un campamento. El hipo que le entró a David! Esta vez no había Challenger que valiera. David estuvo con cara de bobo durante toda la lección. Cuando se me cayó el libro y me agaché a recogerlo, no fue capaz ni de parpadear. Pero mi hijo, si no explotó delante de David fue porque literalmente lo obligué a que se quedara en la sala con Challenger mientras yo me encerraba en el estudio con David. Al terminar la lección cogí a David del brazo, lo senté junto a mi hijo y frente a Challenger y los dejé allí, muy juntitos, a los tres, casi sin moverse, alelados, sin entender qué quería de ellos. Salí de casa con la excusa de que tenía que ir de compras y decidí no regresar hasta después de que mi marido hubiera vuelto.

Regresé ya entrada la noche, preocupada de que mi marido estuviera inquieto por mi ausencia. Tonta de mí. Lo encontré embelesado con Challenger, entre mi hijo y David, que aún estaba en casa. Como no me hicieron ni puto caso me acerqué sigilosamente, desenchufé a Challenger, me alcé con la pantalla y me dirigí con ella hacia el dormitorio. A la primera reacción no tuve más que proferir una amenaza:

-Una queja más y os quedáis sin pantalla. Que la tiro, la rompo y se acabó todo-.

Ni mu. No salió ni un solo sonido más de sus cuerdas vocales. Con el monitor de Challenger en mis brazos y los tres machos detrás, entré a mi habitación y lo acomodé en la cama de matrimonio.

-Tú tranquilo aquí, cariño, que ya te traigo el resto- le dije a Challenger, siendo yo la única que hablaba. Regresé a la sala, cogí la torre, el teclado y demás partes de Challenger y volví a entrar con ellas a la habitación. Los puse a todos muy bien acomodados sobre la cama. La almohada la coloqué detrás del monitor y con la sábana cubrí a Challenger, dejando parte de la pantalla recostada sobre la almohada, a la vista.

-Hasta luego, cariñitos míos, que os divirtáis con Challenger también en la cama.- Fue lo último que dije y salí del dormitorio, no sin antes tomar la llave de la puerta y cerrar por fuera, dejando a todos encerrados dentro. Lo que hicieran después ya no me importaba. Salí de casa con mi vestido mini negro, ceñido y escotado. Cerré la puerta tras de mí, me metí las llaves en el escote y desaparecí. Mi mal presentimiento desde el día en que mi marido decidió meter a Challenger en casa se había cumplido.

Desde que me fui de casa a mi marido no le ha quedado más que reconocer su culpa, implorar mi perdón y suplicarme que regrese. ¿Y para qué?, me pregunto yo, si ahora me entretengo con mi Z-Station GT P100 VC, que incluye videoconferencia, teléfono y demás virguerías. Es de lo más avanzado y sofisticado del momento, un regalo de mi nuevo amigo Emilio, que es informático. Hasta Challenger se moriría de envidia!